LA NIÑA QUE NO VIO LOS BESOS

GIGLIOLA ZECCHIN
(CANELA)

LA NIÑA QUE NO VIO LOS BESOS

Zecchin, Gigliola
La niña que no vio los besos / Gigliola Zecchin. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2025.
176 p. ; 22,5 x 14 cm.

ISBN 978-987-628-783-8

1. Cuentos. I. Título.
CDD 853

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: agosto de 2025

© Gigliola Zecchin, 2025
© de la presente edición Edhasa, 2025

C/Diputació, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-783-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Latingráfica S.R.L.

Impreso en Argentina

Esta edición de 1.500 ejemplares de *La niña que no vio los besos*, de Gigliola Zecchin, se terminó de imprimir en Latingráfica S.R.L., en julio de 2025.

A mis padres
Clelia y Costante

A mis hermanos
Benedetto
Margherita
Renato
Maria Grazia
Costantino
Valeria
Sergio
Luciana
Dimma
Ascanio

… la vida está hecha
de recuerdos olvidados.
Cesare Pavese

La memoria es una
trampa, pero es la única
que tenemos.
Natalia Ginzburg

un lobo
proyecta su sombra
en la pared del sueño

no has entendido nada
escribe
la niña de mis dedos

Bajo el toque de queda

Ella estaba haciendo de la masa un bollo. Con destreza la aireó y estiró; los dedos iban alisando los bordes, y después trató de alcanzar el palo de amasar.

Ahora, la primera contracción con dolor. Su panza la separaba de la mesa lo suficiente como para obligarla a inclinarse un poco. Otra contracción. Y otra. Mientras la masa, con tan solo un huevo, el único que había conseguido, se rebelaba. Las contracciones, más intensas, pero espaciadas. Un parto más, y la memoria en el cuerpo. Todavía podía seguir estirando.

Tuve que esperar la peor tormenta del año para escribir esto.
Y que se hiciera de noche.

Toque de queda. La odiosa y asmática sirena que marcaba el cierre de las puertas, las ventanas. Apagón general.

Mediados de diciembre, todo bajo cero. Y ella escuchándose a sí misma. Cuando había enrollado la masa y la feteaba con su viejo cuchillo, las contracciones se repetían y dolían más. Cubrió con un repasador los fideos, se quitó la harina de las manos. Desató el delantal y al pie de la escalera gritó a sus hijos mayores: *Parto, non vi preoccupare*. Y con la voz más baja: *Ritorno presto*.

Se enfundó el tapadito negro que no le abrochaba, y casi en el umbral, perdió el tapón.

Un hilito de agua espesa le chorreó por el interior de los muslos. Quieta lo dejó deslizarse hasta la media de lana. Faltaba poco.

Afuera, la nevisca cortaba el aliento. Se ciñó más fuerte la pañoleta en la cabeza, golpeó la puerta de al lado, y esperó a Gelsomina. Eran secretamente confidentes.

Esta madre, prolífica y religiosa, no hacía caso de los chismes, *le pettegolezze*. La mujer vivía señalada por todos y acusada de dar mal ejemplo desde el púlpito de la parroquia.

Nada parecía importarle, tenía un buen pasar, caballeros varios que la visitaban y expandían su privacidad con carcajadas contagiosas.

Gelsomina, melena rizada y ojos brillantes, recibía la amistad de esa madre con naturalidad, intercambiaban argucias, remedios, y en la escasez compartían *latte e pane.*

Tener hijos o no tenerlos. El amor y el deber. Del placer no se hablaba.

El pacto de acompañarse era fuerte.

Por eso la vecina apareció pronto en el umbral.

—No, no, el paraguas es inútil; hay viento.

Caminaron las dos en lo oscuro. La madre a punto de dar a luz por undécima vez.

No tenía miedo, solo urgencia.

Las dos, pasos cortos junto a la pared, adivinando la vereda. Las caras mojadas por la aguanieve. Sin palabras.

Gelsomina sostenía a la madre por el codo con toda su fuerza para aliviarle el peso. Pronto le rodeó la cintura. Sintió que flaqueaba.

—Estamos a mitad de camino, falta poco. ¡Qué tormenta!

—No sé, no sé si llego.

—*Forza, forza.*

—Gelsomina, *se fasso forsa* la criatura sale. —Las dos rieron bajo *la tempesta*, nerviosamente.

Poco después la madre se detuvo, pasó el ruedo de atrás de su abrigo entre las piernas a modo de un pañal e intentó sostenerlo con fuerza. La panza con cada contracción, dura como una piedra.

La caminata se había hecho más lenta. Los pasos le dolían.

—*No. No pianzere.* Estamos en camino —la alentaba Gelsomina.

—No lloro, es la nieve.

—Falta poco, vamos, a usted le sobra coraje.

—*Eeee…, quanto manca?*

—Serán doscientos pasos. Quizá un poco menos.

Y la madre dijo:

—No puedo más, mi querida. *No ghe la fasso più*.

Gelsomina la soltó y, despacio, muy despacio, la sentó contra la pared. Se quitó el echarpe y se lo puso como un nido, arrollado entre las piernas.

—Es mejor que yo vaya. —Sin esperar respuesta caminó rápido —correr era riesgoso— hacia el hospital.

Para la madre, los ojos apretados, los dientes apretados, un tiempo eterno.

Mantenía los muslos juntos. Algo pujaba poderosamente hacia fuera. Hacia el mundo. Ese mundo oscuro y frío. Se acostó en la vereda, la cara contra la nieve. Dolor.

Como un milagro aparecieron dos hombres y una camilla.

Pronto estaba bamboleándose en esa cuna de lona. Podía quejarse en voz alta.

—*Eco, stemo rivando, la stia calma,* ya llegamos… ya estamos… —Los hombres apuraban el paso y hablaban con agitación.

Gelsomina les estrechaba la mano.

Subieron la fría escalera, barrida por la ventisca. La madre intentaba abrir las piernas.

Cuando llegaron al hall gris, apenas alumbrado, la criatura ya estaba naciendo.

El parto fue rápido y feliz.

Gelsomina era la que lloraba ahora.

—*La ze na toseta; e la ze tuta tonda, co a faceta tuta rossa.*

La madre miró a la niña que berreaba, y decidió con un hilo de voz:

—Se llamará Gelsomina.

—No, no, no es un nombre conveniente. *Lei sa perché. Le prego, il mio nome no.* Elija el nombre de otra flor. Es una flor que ha nacido en la tormenta. Una flor grande y fuerte.

—¿Cuál?

Gelsomina, conmovida, pensó un poco.

—Gigliola es el nombre de una flor.

—Sí —dijo la madre—, es la flor de san José. Si usted lo quiere así, Gigliola; ese será su nombre.